



RICHARD BERNSTEIN, *Filosofía y democracia: John Dewey*, traducción de Alicia García Ruiz, edición e introducción de Ramón del Castillo, Herder, Barcelona, 2010, 304 pp. ISBN 978-84-254-2661-2 (*John Dewey*, 1966, 2010).

Pocos libros filosóficos han sido escritos a la vez con tanta claridad, transparencia y pasión como la monografía de Richard Bernstein (1932) sobre John Dewey (1859-1952).<sup>1</sup> A pesar de que la versión inglesa, titulada *John Dewey*, se publicó originalmente en 1966, el libro no ha perdido nada de su frescura y actualidad. La edición castellana añade al volumen original la traducción de dos artículos adicionales escritos por Bernstein sobre la filosofía política de Dewey: “Democracia, una tarea por delante” (1986) y “Una visión de la democracia radical” (2010). La obra está escrita en un lenguaje tan atractivo y su argumentación se desarrolla de un modo tan convincente que se lee rápidamente y con gusto. El libro entrelaza las informaciones biográficas sobre el filósofo norteamericano con los rasgos básicos del pensamiento pragmatista que, entendido como un movimiento filosófico en toda regla, se va desgranando al hilo de la exposición de las ideas claves de la filosofía de Dewey en sus varias etapas de desarrollo. La presentación que se efectúa de Bernstein en los 14 capítulos de que consta el libro es *completa o plena* en el sentido de que el lector adquiere una vista panorámica de: (1) la importancia de la figura de Dewey en la escena filosófica documentada con datos biográficos; (2) Dewey como el pensador que incesantemente desarrollaba, actualizaba y perfeccionaba

su obra durante toda su larga vida; (3) Dewey como el pragmatista que presentaba las concepciones de su versión del pragmatismo (instrumentalismo) sobre varios aspectos de la vida socio-política; (4) Dewey como un pensador eminente entre las mayores tendencias del pensamiento contemporáneo (esto es, con referencia a la filosofía analítica, el existencialismo, la fenomenología y la tradición de la metafísica escolástica); y (5) los defectos del pragmatismo de Dewey (Bernstein, por ejemplo, admirador y continuador de Dewey, admite honestamente la ineficacia del pragmatismo deweyano para alcanzar una penetración espiritual y existencial en lo humano, siendo la parte más débil de la filosofía de Dewey su análisis del yo, p. 210). Por su estructura, el libro puede servir tanto a los lectores interesados en Dewey y en el pragmatismo, pero poco especializados en filosofía, en calidad de introducción, como a los filósofos profesionales interesados en una interpretación del pragmatismo deweyano, que pueden leerlo en clave de la relación entre filosofía y democracia.

Es precisamente la relación entre la filosofía y la democracia un eje crucial en el pensamiento contemporáneo por varias razones. En primer lugar, porque dicha relación constituye uno de los problemas característicos de la tradición del pragmatismo norteamericano, de la que John Dewey es una de sus figuras más eminentes e influyentes. En segundo lugar, a causa de la difusión del pensamiento pro-democrático o, como dice el representante más significativo del neopragmatismo (y amigo de Bernstein), Richard Ror-

<sup>1</sup> Quiero dar las gracias a Núria Sara Miras Boronat (Institut für Philosophie, Universität Leipzig) por su ayuda lingüística en el proceso de composición de esta reseña.



ty, debido a la “primacía de la democracia sobre la filosofía”. Ello supone, entre otras cosas, el rechazo de la tradición de la filosofía clásica (y sus postulados de pensamiento especulativo y desinteresado) a la vez que la promoción de la idea de la construcción de la nueva tradición laica, democrática y práctica del pensamiento occidental. En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, tendremos una tendencia a la politización de la filosofía, que ahora debe ocuparse primordialmente de los problemas concretos y prácticos de la gente a fin de dar con soluciones factibles y remedios eficaces para los mismos. Por último, cuando usamos el término “filosofía democrática”, o el término “filosofía” en el contexto democrático, y pensamos en una forma de la vida social, podemos asociarlo con la tradición cultural de los Estados Unidos de América, donde ese modo de pensar tiene un significado cultural más intenso que en otros países y culturas contemporáneos. Así lo manifestaba uno de los más excelentes representantes de la cultura americana del siglo XIX, Walt Whitman, en *Democratic Vistas*: “Voy a usar las palabras América y democracia como términos convertibles”.

Cualquier autor sobre el tema podría caer en la trampa de reducir el pragmatismo a una filosofía proamericana o panamericana, pues el pragmatismo es una notable manifestación intelectual de la cultura norteamericana. Se da el caso de que la promoción de la “filosofía democrática” equivale para muchos intérpretes del pragmatismo a la reivindicación de una cultura particular (la de los Estados Unidos de América) entre otras, por lo que el pragmatismo se hace sospechoso de imperialismo cultural y de relativismo moral. Existen interpretaciones “clásicas” del pragmatismo norteamericano en este sentido como, por ejemplo, la de Bertrand Russell o la de George Santayana.

Bernstein produce interesadamente al principio del libro la impresión de que va a presentar a Dewey como un articulador de la cultura norteamericana. Por ejemplo, cuando dice que Dewey había traducido muchos de los problemas sociales y culturales norteamericanos a la filosofía del pragmatismo. Según esto, Dewey “se preocupó, en primer término, por lo que consideraba los conflictos básicos de la sociedad democrática estadounidense. Para comprender esta sociedad, es esencial entender cómo ha sido influida y modelada por antiguas instituciones e ideas. Tal como nos dice en *Democracia y educación*: “La filosofía establecida en este libro conecta el crecimiento de la democracia con el desarrollo del método experimental en las ciencias, con las ideas evolutivas en la biología y con la reorganización industrial, y, asimismo, se ocupa de señalar los cambios en la materia y en el método de la educación que indican estos desarrollos” (p. 47). También en otros lugares del libro tenemos unas similares articulaciones de la relación entre el pragmatismo deweyano y la sociedad y la cultura norteamericanas. Así, cuando se trata del cambio de percepción filosófica del individualismo dentro del contexto social, Bernstein señala que la vida de Dewey coincidió con un período de cambios radicales en Estados Unidos (p. 170). También apunta a que la visión antropológica de Dewey es una respuesta a los retos propios de la sociedad democrática contemporánea y que “ningún filósofo ha enfatizado más que Dewey que el ser humano es una criatura activa, experimental” (p. 143); teniendo lo experimental un carácter predominantemente social y tecnológico. Finalmente, el concepto de democracia de Dewey y su fe en ella son expresión de una herencia americana común (p. 169). Hay que tener en cuenta, dice Bernstein, que Thomas Jefferson “era uno de los héroes de Dewey” porque entendía que la democracia “es siempre una cuestión moral: en lo que se refiere a sus fundamentos, métodos y fines” (p. 233).

A pesar de esa primera impresión, Bernstein acaba eludiendo con destreza la trampa de reducir pragmatismo a norteamericanismo en los capítulos siguientes al construir un panorama filosófi-





co mucho más amplio de lo que abarcaría el cuadro cultural norteamericano. El valor singular de este libro es que ofrece un análisis sistemático y profundo de la filosofía deweyana. El hecho de que Bernstein nos presente los estímulos de la cultura norteamericana y el contexto sociopolítico en el que el pragmatismo deweyano nació es claro y aceptable porque no existe un pensamiento creado en el vacío o *ex nihilo*.

Sin embargo, a veces parece imposible eludir completamente la politización de la filosofía en el caso del pragmatismo. Por ejemplo, Bernstein en el capítulo 3 ('La forja de un reformador social'), refiriéndose a la idea del individualismo en el joven Dewey, nos dice que "Dewey fue convenciéndose paulatinamente de que el excesivo énfasis sobre el individuo durante la última parte del siglo XIX estaba desfasado y era necesario reemplazarlo por algo más positivo. La usual dicotomía entre individuo y sociedad era a la vez artificial y dañina. Las cualidades de los individuos dependen de las formas sociales de educación y de transmisión cultural de valores y las de una sociedad dependen del grado en el que promueva el desarrollo de individuos creativos libres. Dewey terminó pensando que la única manera confiable de desarrollar una sociedad democrática de individuos creativos es la aplicación de los métodos científicos a la vida social" (pp. 65-66).

De un modo semejante, reflexionando sobre las raíces del pragmatismo deweyano en el capítulo 4 ('Experiencia: una perspectiva filosófica'), y discutiendo empirismo lockeano, podemos leer que "aunque normalmente el empirismo británico se estudia desde un punto de vista exclusivamente epistemológico, Dewey destaca los usos sociales de este concepto de experiencia. Como doctrina social, el empirismo británico fue utilizado como un instrumento de incalculable valor para disolver instituciones eclesiásticas y políticas que ya no tenían fundamento" (p. 90). Ello no debería ser motivo de sorpresa o de controversia: este tipo de interpretación filosófica o de actitud práctica sintonizan con los supuestos fundamentales del pragmatismo. El término "democracia" significa para Dewey una forma de vivir y de pensar, no solamente una forma de gobierno y de ordenación de las instituciones políticas. El mensaje general de Dewey es que necesitamos urgentemente reorganizar nuestros modos de comportamiento para actualizarlos y ajustarlos perdurablemente al interés público, pues todo lo que hacemos dentro de una sociedad tiene la forma de una actividad política *sensu largo* y "todo individuo es un ciudadano soberano" (p. 241).

La introducción de Ramón del Castillo al libro merece algunas palabras de consideración. Consigue en sólo veinte páginas tanto esbozar una visión coherente del contexto filosófico del pensamiento deweyano (en la primera parte de su introducción), como presentarnos la figura de Bernstein (en las partes segunda y tercera). Gracias a ello, el lector obtiene una orientación sobre la vida y las opiniones filosóficas de uno de los más eminentes intérpretes y continuadores del pragmatismo deweyano. Esto es un valor en sí mismo, porque la vida intelectual de Bernstein disfrutó de los contactos más espectaculares (por ejemplo, con Rorty) y se desarrolló por lugares importantísimos de la vida intelectual norteamericana (como la New School of Social Research). Del Castillo no escribe sobre el autor del libro solamente de manera enciclopédica, sino que incide con mucho acierto en las imbricaciones del pragmatismo (incluyendo la continuación del pragmatismo en el neopragmatismo) y en las tensiones intelectuales dentro de este movimiento (de las que participan Rorty, Donald Davidson, Willard Van Orman Quine, Charles S. Peirce, Hilary Putnam, entre otros) y alrededor de él (con figuras tan relevantes de las humanidades de hoy día como Hanna Arendt, Jürgen Habermas y Hans-Georg Gadamer).